



FOTO BARGUEÑO

 GRAN BILBAO Y SU CASCO VIEJO

 JAVIER SAURAS

El casco viejo de Bilbao es mucho más fácil de determinar que el de otras grandes poblaciones, ya que la Ria del Nervión lo delimita rotundamente. No es muy atrevido pensar que Bilbao es su casco viejo, con Achuri, Abando los "ensanches" y la Gran Vía, y lo demás un acelerado berrugón urbano lleno de problemas sin solución, mejor dicho, que no se solucionan.

En un principio la Villa fueron sus Siete Calles, el Arenal, la Ria y poco más hoy se estira y trepa en desorden a lo largo de esta y sobre las laderas del "bocho" buscando el mar y los valles vecinos, y a este caos lo bautizan triunfalmente con el nombre de Gran Bilbao.

En el siglo pasado el núcleo primitivo saltó el Nervión en varios puentes y se levantaron barrios que hoy casi se podrían considerar casco antiguo, estos no han sido tan respetados como el viejo, y los añosos edificios llenos de empaque "fin de siglo" van cayendo ciegamente con su gracia oscura y sus miradores acristalados, siendo suplantados por bancos vanguardistas, almacenes grandes y bloques comerciales con viviendas y despachos.

El barrio antiguo de las calles de San Francisco, las Cortes, Bilbao la Vieja, etc., que trepa desde la pasarela Ortiz de Zárate y el puente del General Sanjurjo es la oveja negra de Bilbao, pues en el anida el pecado.

El pecado de Bilbao es cosa de hombres, ya que hasta no hace mucho era infrecuente el que las mujeres fuesen de chiquiteo, y contratar el amor a sueldo en las Cortes y Palanca sigue siendo cosa muy de hombres, ciertamente. La pecaminosidad del chiquiteo, salvo en casos excepcionales, no pasa de venial, pues uno de los tácitos fines de los chiquiteros es cuidarse unos a otros para no "cogerla".

El casco viejo se asienta en una corcova del Nervión, bajo Begoña y cerrado por el Arenal, con un pequeño parque sobre la Ria. Hace cuarenta años es fama que se pescaban allí deliciosas angulas, pero hoy las aguas bajan tan guarras que beberse una taza podría ser suicidio o al menos fuente de pertinaz colitis.

Al otro lado se levanta deliciosos y parisíno el teatro Arriaga, tan parisíno que en una exposición de cuadros de un dudoso pintor lo he llegado a ver, entre veladuras brumosas, con el título de "Paisaje de París". Es un edificio magnífico del que se podría hablar durante largo rato. En él se puede asistir a cine, revistas y teatro, pero sus bajos están mal casados con una moderna y aséptica cafetería, una floristería que encaja bien en él y algunos otros establecimientos que lo estropean mucho.

En el Arenal, por el lado que da frente al parque hay un interesantísimo café de confitería, el "Bulevar", joya del pasado con camareros a juego, un espacio decorado inteligentemente en aventura constructiva de principios de siglo postmodernistas. El "Pacho" es otro café de los años treinta, en la esquina de Bidebarrieta, que ha conservado mucha de su popularidad, ha sido estropeado en su decoración mural, pero tiene magnífica carpintería de roble y en su interior unas columnas novecentistas muy valientes, pero que no "pegan" con el conjunto.

Al otro lado del Arenal se levanta la iglesia de San Nicolás, unida por un pasaje a un hermoso palacio de piedra. San Nicolás es un edificio pastiche, tiene partes góticas, renacentistas y posteriores que cristalizan en su inclasificable fachada, fea y triste.

Detrás de San Nicolás se encuentra la estación de los trenes que van a Algorta y Plencia por la margen derecha de la Ria, es un sitio muy sucio, lleno de vida, se accede al andén por una escalera entarimada que se bifurca hacia la mitad superior; ante él hay un

vestíbulo. El andén es muy curioso, sus paredes conservan preciosos anuncios cerámicos castigadísimos por el tiempo y la humedad; la carpintería cubierta de vieja pintura de su techumbre se sostiene mediante soportes Art Nouveau muy propios y gráciles. Qué gusto da esperar allí los trenes, ver cómo trepa desde el muro de enfrente la ladera hacia Begoña, con sus árboles y malezas bordes sobre la roca, los túneles negrísimos a derecha e izquierda, cómo suben a primera los señoritos elegantes de Guecho y a general los obreros inmigrantes y los aldeanos hablando su vizcaíno vernáculo bajo severas boinas.

Hay una creencia, quizá manipulada en tiempos, o desde hace décadas, de que en Bilbao no se habla ya vascuence, es falsa, pues existe una muy viva parte de su población que lo conserva y practica normalmente, gran porción de esta vive y trabaja en su Casco Viejo, generalmente son comerciantes de muchas generaciones.

Los establecimientos del casco viejo crearon una asociación comercial que se extiende por todo él para protegerlo y potenciarlo como núcleo, el pavimento de algunas calles está bastante cuidado, en algunas de ellas se vedó el tráfico rodado y se remozaron y adecentaron sobre todo los bajos de las casas que ocupan los comercios. Así se vé en cierto modo, que el casco viejo ha potenciado la "agresividad comercial" de sus fachadas, desde las aceras a los primeros pisos, pero de estos hacia arriba nada ha hecho, ni en pro ni en contra. Quizá, y por un elemental sentido de beneficio propio, ha sido asegurada y reforzada exclusivamente la estabilidad de los edificios, y nada más.

Hay algunas honrosas excepciones, la casa en que se asienta General Optica ha sido remozada con acierto, conservando su aspecto antiguo, sin estropear su conjunto y devolviéndole con el color la alegría agradecida de la piedra; también, y en la misma calle Correo Gastón y Daniela ofrece un aspecto



FOTO BARGUEÑO

digno y ligeramente indiano, enramando unas tupidas hiedras por todos los frentes y balcones, guardando su grato aspecto y tienda suntuosa y antigua, y encaramando a sus balcones un exótico papagayo cuando el tiempo lo permite.

El casco antiguo tiene como núcleo más añejo la siete calles: Barrencalle Barrena, Barrencalle, Carnicería Vieja, Belosticalle, Tendería, Artecalle y Somera. Luego andan todas las demás, un poco de Achuri; la hermosa iglesia de San Antón; el Mercado. La Ribera; Ronda, donde nació Unamuno; la Cruz; la basílica de Santiago, su plaza; Perro, con su triste fuente, que nada costaría hacer manar; el entrañable edificio de la antiguo Bolsa; Los Santos Juanes, barrocos y jesuíticos; el Museo Histórico de Vizcaya; Plaza Nueva; Brigadas de Navarra con sus Calzadas volando a Begoña; Ascao; Correo; Bidebarrieta; Merced; Santa Maria; Jardines; Nueva. Edificios de interés hay muchos, palacios, casonas blasonadas, lóbregos patios, la Biblioteca Municipal, etc.

La pieza más repulsiva de la zona es la fachada de los almacenes Simeón, pared blanca llena de exágonos negros que levanta su insoportable presencia en la plaza Brigadas de Navarra, monstruoso aborto frente a las graciosas escaleras que trepan a Begoña. Tampoco la fachada de calzados La Palma, en la calle Correo, tiene desperdicio, contrastando su ramplonería con el magnífico escudo antiguo de la casa que desfigura. Pecadillo más venial es el del Guría, restaurante de postín presentado con fachada de falso goticismo rural. La joyería clavada en el muro de la catedral tampoco es ninguna alhaja.

Poco más puede admirarse en todo el casco viejo, ni denigrarse. Escaparates llenos de vidrio y mármol tan ajenos a la forma rancia de los edificios, pero de allí para arriba la vista se deprime contemplando las bellas galerías acristaladas de madera, con pinturas cuarteadas y paredes ennegrecidas y sucias por el poso de la contaminación, la humedad y la dejadez,

adivinándose viviendas oscuras,
sordidas frías e innecesariamente incómodas.

Aunque las casas no sean monumentos artísticos, son sólidas, antiguas y bien construidas, por ello, pues, no hay motivo para que estén tan tragicamente descuidadas ¿sería un despropósito que sus dueños corrigiesen tal abandono?

Las aceras del casco viejo sólo se pueden conocer en toda su salsa cuando llueve, pues los paraguas dan color y vida a tan estrechos andadores. Es digno de ver cómo se apelonan increíbles volúmenes de paraguas abiertos frente a las tiendas, y cómo se enzarzan batallas campales de semiesferas inquietas, encontradas, sinuosas, enredadoras, obstinadas y escurridizas en los cruces con semáforos, sobre todo en el del teatro Arriaga con la calle Biderrieta. Allí prevalece el arrojo de la aldeana arrastrando con su plegable el envarillado de la quinceañera e intuyes cómo peligran ojos y pestañas postizas, boinas, pañuelos y apliques capilares ante el nervioso avance de los estandartes del chirimirí.

La Plaza Nueva no es nueva; solemne y recogida recibe a la gente por varios arcos y toda ella es porticada con salero antiguo. Hoy sufre maquillaje interno, o mejor, cirugía de aparcamientos subterráneos, veremos qué "solución" sale al fin, tras el cruel derribo de su quiosco y la tala de sus airosas y vetustas palmeras.

Fue esta plaza semieje y remanso del casco, acoge comercios, bares, e incluso una escuela. En ella estuvo la peluquería de Carbonell, como dice la castiza canción: "A ese ladino "fransés", le tocó la lotería, y en la Plaza Nueva puso, una gran peluquería..." Esperemos que ahora le toque la lotería a la plaza y salga de sus obras con bien, ya que desgraciadamente no le dejaron quedarse como estaba. Antes de las obras, en la Plaza Nueva había una vida intensa, los domingos mercadillo de pájaros, flores, sellos, cuadros; en Navidad,



FOTO BARGUENO

figuras de Belén. Los chicos de la Misericordia llevaban su cochino de San Antón para lucirlo en un volquete y vendían papeletas de su rifa, hermoso cerdo siempre y hermoso entusiasmo el de los muchachos al ofrecer boletos.

Se ha hablado de que en medio de la plaza ha de ser colocada una estatua de Unamuno. Bilbao ha sido muy desnaturalizada madre para don Miguel. Se sabe que el Ayuntamiento tiene una escultura de Unamuno, y la Universidad Autónoma de Bilbao otra, pero nadie descifra la causa extraña por la que nunca ha sido colocadas a la vista del público. Llevan años durmiendo estéril sueño en la oscuridad del depósito. Para más inri, el Instituto Masculino de Bilbao lleva en su fachada las marcas de haber tenido por titular a Unamuno, más denunciadas aún por el vacío grafismo que dejaron las letras de su nombre al ser arrancadas. Esperemos que interdicto tan absurdo se levante cualquier día.

La gran institución en las tardes del casco viejo es la del chiquiteo, democrática junta de amantes del rioja, que glutina personajes de todos los



FOTO BARGUEÑO

estamentos en alegrer pandillas. Estudiantes, oficinistas, menestrales, comerciantes, jóvenes, chicas y viejos en bulliciosa hermandad frecuentan las tascas a por sus tapas y chatos, allí alternan los vasos de duralex con los plúmbeos y macizos de siempre, que pesan su casi medio quilo, en los que el esfuerzo de beber es digno del levantador de piedras más arriscado.

El vino pasa bien y el tiempo no se nota. Cuando los americanos inventaron las terapias de grupo, sus frutos de relajación, olvido de penas y alegría dicharachera ya se recogían de toda la vida en los itinerarios chiquiteros del casco viejo. La calle de Iturribide es la más frecuentada y bulliciosa, pero otras le aventajan en solera tradicional como Barrencalle Barrena y Barrencalle.

En Bilbao decir "de toda la vida" es algo lapidario, investir de bilbaína y respeto incuestionable algún concepto, esta frase es uno de los mecanismos cruciales de la tradición. Aquel que se oponga a lo "de toda la vida" puede ser erradicado de la sociedad bilbaína. Lo "de toda la vida" no está escrito en ningún código ni estipulado en pacto, pero todo el que quiera vivir en Bilbao sabrá a que atenerse y cómo comportarse para no tentar la delicada e indefinible consigna. Un barrio de toda la vida...

Bilbao es una ciudad llena de inmigrantes, hay trabajo casi siempre para todos, pero su ambiente es muy duro para el recién venido, pues se tiene muy en cuenta en su sociedad cerrada las diferencias de clase, económicas y raciales, diferencias "de toda la vida", diferencias graníticas. En otras ciudades industriales esto no ocurre con tanta acidez, porque la cultura media es mucho más elevada y las ideas sobre las razas humanas rebasaron ya las del Domund, y eso ayuda a la gente "bien" a ser más razonable. Sabido es que la ignorancia, el no querer comprender a los demás incita a despreciarlos. Esta crueldad llega a tal extremo que algunas personas infelices cuyo apellido segundo es vasco y el primero no, llegan a utilizar el materno, silenciando el paterno, sobre todo si es

castellano, para así, con tan ridícula mutilación, automutilación mejor dicho, arraigarse mejor en la sociedad bilbaína.

En general no se puede decir que el casco viejo de Bilbao haya sido pésimamente tratado por el "progreso". Las grandes tropelias, pesadillas, amarguras terribles, no están en su casco antiguo, núcleo urbano muy orgánico, que por si mismo se defiende relativamente bien, sino que radican en al abandonado y desmesurado Gran Bilbao, de sobra conocidas por todo el país: La contaminación demencial de atmósfera y aguas fluviales y la ausencia gravísima de comunicaciones entre uno y otro lado de la ria, fruto del clasismo de la margen derecha residencial que trata de aislarse de ese inmenso ghetto que constituye la márgen izquierda, donde las condiciones de vida son muy amargas, como en Baracaldo y Sestao, así como Erandio en la derecha, zonas estas en las que las viviendas de la población se mezclan caóticamente con los tremendos humos de las fábricas y hornos altos, y con los olores de insecticidas, ácidos y otros productos químicos.

El que busque arte y monumentos en Bilbao o en su casco viejo se irá por donde vino, con las orejas gachas. Esta aseveración es válida sólo turísticamente porque arte hay en todas las obras y esfuerzos humanos.

Si hay un arte o un valor estético no está en sus museos vacios ni en sus iglesias, sino en su casco viejo, en su ambiente, en sus siete calles, en sus vasos tremendos de chiquiteo, en su vitalidad, en esa mezcla de tradicionalismo, comercio, libertad, mística de la gastronomía, capitalismo ciego pero de mil ojos, soberbia, y falta de interés cultural. A veces los factores negativos, en oscuros mecanismos dialécticos, son origen de reacciones positivas.

Sus casas viejas suelen tener el arte de la construcción sólida, del buen armazón en madera de roble, de la piedra,



FOTOS BARGUEÑO

del hierro abundante y un aliento hogareño que tiene a raya la humedad.

En el viejo Bilbao no se encontrará la sensibilidad y exquisitez altísima de las célebres ciudades fluviales, pero si la expresividad claroscuro de lo hercúleo y de lo corrupto, de lo abnegado y de lo zafio, del lobo y del cordero, del fuego y de la escoria ferrosa, una fortísima amalgama inseparable de sudores, trabajos, sacrificios, con abusos, desplantes, desprecios y vagancias.

El efecto no sólo estético, sino también moral de Bilbao, su sugerencia artística es la grandeza titánica de sus desigualdades, una obra de seres humanos en la que parece no haber sitio ni medida para el hombre.